



La felicidad modesta

en la vida

Por ALBERTO EDWARDS.



Cuando decidimos, con don Jo a qu í n Díaz Garcés iniciar la publicación del "Pacífico Magazine" fué nuestro primer pensamiento poner la nueva revista al servicio de un alto problema social de carácter práctico y útil para todos sus lectores. Ese problema es el de la vida, dentro

de las actuales condiciones económicas, y de acuerdo con las exigencias de la civilización. Vivir decorosa y holgadamente, cuando se cuenta con pocos recursos, es una ciencia casi enteramente ignorada en estos jóvenes países de la América del Sur.

Si penetramos en la casa de un extranjero: de un alemán, de un belga, de un francés, no puede dejarnos de llamar la atención el ambiente de holgura, confort y bienestar que allí se respira y el arte y buen tono con que todo está dispuesto; el orden y el aseo de las habitaciones y hasta la sencillez y el gusto exquisito con que sus propietarios saben presentarse.

Sin embargo esa gente no dispone de mayores recursos, ni menos los gasta sin mucha parsimonia. Sabe vivir y economizar, dando su parte al placer y proporcionándose al mismo tiempo comodidades muy superiores a las que consiguen gozar nuestros com-

patriotas, en circunstancias económicas análogas o mejores.

Es esta una ciencia que no se enseña en las escuelas. El arte de vivir es una de las conquistas de la civilización, y las escuelas no civilizan por sí solas. *Mirad la alcoba de un pobre obrero in-*

glés. Ese individuo apenas sabe leer y escribir. Cualquiera de nuestros artesanos, después de haber pasado por la escuela primaria ha aprendido muchísimas más cosas, pero no a vivir como lo exige su dignidad de hombre, no a tener un hogar decente, base de la felicidad doméstica, de la familia y de su futuro bienestar económico... Y si de nuestros artesanos, subimos a clases aún más cultas o más bien dicho, letradas, preciso es confesar que la mayoría de los obreros del occidente de Europa, desdeñarían las habitaciones de la clase media chilena, como demasiado sucias e incómodas.

No es esta pura y simplemente una cuestión de dinero. Aquella gente dispone de muy poco; pero sabe aprovecharlo, cosa que nuestros conciudadanos ignoran. Volúmenes se escriben en Chile sobre las cuestiones económicas relacionadas con la producción o distribución de la riqueza, pero de la cien-

cia de los consumos nadie se acuerda, a pesar de ser la que más falta nos hace, y más directamente interesa a todo el mundo.

Sin embargo, vivir con holgura y decencia, es la mitad de la felicidad, sino las tres cuartas partes de ella. El bienestar material, no solo constituye un placer de los sentidos, sino que también enaltece y dignifica al hombre.

El problema de la vida honesta para las personas de pocos recursos, no es, pues, simplemente económico, sino moral. Su resolución traería envuelta la formación paulatina de una burguesía libre, culta, digna, capaz de transformar a nuestro país, y aun de llegar a dirigirlo, como sucede en los países del occidente de Europa.

Se ha negado alguna vez que exista en Chile una clase media, y, en realidad, si hubiéramos de juzgar de su existencia por su influencia social, deberíamos acaso pensarlo así.

Lo que si no tenemos, es una aristocracia, aun cuando no faltan, aun hoy día, tipos con pretensiones de ese género.

Los biznietos de los que se enriquecieron en el siglo XVIII vendiendo sebo y charqui, suelen considerarse de más ilustre prosapia que los enriquecidos después por el cobre o el salitre. Pero en el fondo, el origen de toda nobleza es y ha sido en Chile siempre el mismo, esto es, el dinero. Teniéndolo se franquea el abismo que separa la alta sociedad dirigente del pueblo y de las clases medias. Hoy que la influencia y las situaciones políticas también se compran y muy caras, este valor social del dinero, es, si cabe, mayor que antaño.

Más abajo de esa alta sociedad burguesa que todo lo puede, existe en situación desmedrada y vergonzosa casi, lo que entre nosotros desempeña, o podría desempeñar el papel de la pequeña burguesía. Los calificativos ridículos



Población obrera en Inglaterra.



Chalets arrendados a treinta pesos mensuales en Inglaterra.

del diccionario, se han agotado para designar a esta clase infortunada: son los siúticos, los pijes, los pipiolos. La aristocracia, llamaremos así a los dirigentes, se complace en adornar al pobre que pretende vivir como caballero, con todos los vicios, defectos y ridiculeces imaginables.... Se le acusa de entrometido, pretencioso, falso y poco honorable; se le arroja en la cara como un estigma su pobreza y los afanes que gasta para ocultarla; se le reprocha su mal gusto, su escasa educación y la torpeza o amaneramiento de sus modales; sus vestidos, sus sombreros y sus corbatas. El pobre pequeño burqués parece haber nacido para hacer el papel de caricatura animada durante toda su vida.

El, por su parte, comprende perfectamente lo falso y ambiguo de semejante situación, pero sin resignarse a ella, no hace tampoco nada para mejorarla. Aplastado entre una plutocracia todopoderosa y un pueblo semi-bárbaro, impotente para romper las vallas que lo separan del resto de la sociedad, no ha

sabido hasta hoy formarse una situación digna, decorosa, respetable, que esté de acuerdo a la vez con su grado de cultura y con la escasez de sus medios pecuniarios.

No me admiro de que se acuse de inmoral a nuestra pequeña burguesía. La cortedad de sus medios, lo vago e ilimitado de sus horizontes y aspiraciones, la instrucción pedantesca de que lo adorna la universidad, su ignorancia de la ciencia práctica de la vida, el puesto ambiguo que ocupa en la sociedad.... no son estos, por cierto, factores de elevación moral, como tampoco lo son de orden y de felicidad.

El problema es pues muy hondo y afecta como ninguno al bienestar y al decoro de un gran número de nuestros conciudadanos.

III.

Nuestros soberbios plutócratas guardan todos sus desdenes para el pequeño burgués chileno. Los extranjeros,

son tratados con mayor respeto por modestos que sean sus recursos y su situación social.

La razón de esta diferencia, humillante para nuestros conciudadanos, es muy dura de decir, pero conviene decirlo...

El hombre super-civilizado; el europeo muy principalmente, sabe merecer ese respeto, porque posee una noción más elevada y exacta de lo que constituye el decoro de la vida.

Nos encontramos en la calle con una pequeña burguesa chilena. Viste muy mal pero con pretensiones; lleva encima joyas falsas, telas vistosas y de mal gusto, sombreros de mucho artificio, pero ridículos; su cara está cubierta de polvos de arroz y colorete; va dejando tras de sí la huella de perfumes detestables, mezclados con evidentes testimonios de la falta de aseo personal.... Aquello no llama al respeto....

Al lado de esa compatriota, camina una modesta francesita. Nada lleva encima de chocante y cursi, sino un traje

modesto y aseado. Solo deja tras de sí el olor sin olor de la limpieza. No pretende ser lujosa, pero aparece digna y decente.

Serán igualmente útiles y consideradas en su propio hogar, esos dos tipos de mujeres? La primera, en el mejor de los casos, será una bachillera, ya romancesca, ya pedante; la segunda el eje del hogar, la directora económica de toda una familia, el modelo de dueña de casa, a la cual su marido y sus hijos, deberán holgura, bienestar y decoro. Nos bastará entrar a la habitación de la una y de la otra, para quedar convencidos de esta verdad. Las apariencias no siempre son engañosas.

IV.

Es cierto que el mal ejemplo viene desde arriba. Nuestras grandes damas, se disfrazan con deplorable frecuencia con el traje de las mujeres divertidas de París, usando telas más caras y de mejor gusto que las otras, pero con desconocimiento de lo que deben a su dignidad de personas serias y de familia.

Triste es decirlo, pero estas extravagancias revelan un concepto anticuado y semi-bárbaro de lo que en todos los tiempos se ha llamado "vivir noblemente."

La ostentación artificial de adornos vistosos, caracteriza a los pueblos incultos (ya se sabe cómo los salvajes se visten de plumas multicolores y se cargan de adornos chillones). En la misma Europa de los antiguos tiempos, la nobleza creía distinguirse de las demás clases, mediante el lujo y el brillo de los atavíos, en la persona y en el mobiliario.

Las grandes damas cubiertas de gollitas y encajes y vistosas sederías, cuyos retratos contemplamos en los museos, no se lavaban jamás, ni siquiera los dientes. La profusión de perfumes que se echaban encima, obedecía a la necesidad de disimular las consecuen-



Dormitorio de un obrero inglés.



Sala de un obrero inglés

cias de esa falta de aseo. Con llevar muchos miles en atavíos, creían ser o parecer nobles.

Igual cosa sucedía en las habitaciones. Los salones resplandecían de oro y tapices; las piezas interiores eran pocilgas inmundas. Se vivía solo de la ostentación exterior. El palacio de Versalles, construido para Luis XIV de Francia, podía alojar diez mil personas, pero no había en él una sola pieza de baño o de *toilette*. El gran Rey no se bañó en su vida, y se lavaba la cara con pomadas!...

La transformación de este falso concepto de la decencia, se debe, como la mayor parte de los progresos útiles de la humanidad, al pueblo inglés. Desde fines del siglo XVII o principios del XVIII, la Inglaterra suprimió, a lo menos en el traje masculino, los relumbroses, los dorados y los colores chillones. Vestirse a la inglesa se llamó entonces, vestirse como nos vestimos hoy, esto es solo con aseo y buen gusto. En Francia esta moda penetró solo en vísperas de la revolución, junto con las ideas de libertad política, nacidas también al otro lado de la Mancha...

En 1787, María Antonieta colocó en su palacio de Versalles, el primer baño.

La nobleza de Francia, y muy prin-

cipalmente su correcta e incomparable burguesía, sigue hoy, en esta parte, las costumbres inglesas.

En el hogar la comodidad y el aseo, han reemplazado también al fausto antiguo. Por supuesto los ricos y los poderosos siguen gustando de los grandes mobiliarios y de los salones suntuosos, pero el pobre ya no se avergüenza de no poder exhibir tapices y dorados.

Para el respeto de sí mismo y de los demás le basta el orden, la limpieza y el buen gusto.

Dentro de la moderna civilización, nadie necesita de otras cosas en su persona y en su hogar, para ocupar un puesto respetable dentro de la sociedad.

V.

Muy lejos estamos en Chile de haber alcanzado este nuevo y elevado concepto de la vida honesta, de la vida noble.... A esto debemos atribuir, en primer término, la situación humillante, deprimida, ambigua y malsana, de nuestra desdichada clase media.

Un ilustre escritor español, hijo de un carpintero alemán, don Juan Eugenio Harzenbuchs, observa con razón que los antiguos prejuicios nobiliarios, no dejaban de tener fundamento racional.

¿Por qué se despreciaba al burgués en el siglo XVII? se pregunta el autor de "Los Amantes de Teruel".... Se le despreciaba porque era grosero, sin modales ni cultura, como suelen serlo hoy los labriegos y los gañanes.

No debemos olvidar jamás esta sensata y exacta observación. Cada clase social es dueña de la situación que ocupa. Para elevarse y merecer el respeto de las demás, le basta su propio esfuerzo.

Si por una transformación feliz, nuestra burguesía comenzara a adquirir hábitos modestos, el gusto del aseo, de la economía y del orden, el desprecio por la ostentación vanidosa de galas de mal tono, si supiera colocar sus aspiraciones en más elevado sitio, lograría ocupar en breve tiempo la situación envidiable de que gozan aquí y en Europa, las gentes cultas y civilizadas, ya cuenten con recursos o carezcan de ellos....

Enorme es, como se ve, la importancia práctica del problema. No se nos ocultan las dificultades de su solución....

La escuela, y sobre todo la nuestra, no enseña ni civiliza en este orden de cosas. Los bachilleres y marisabidillas que la Universidad fabrica por docenas, nada aprenden de esta gran ciencia de la vida.

De las mismas escuelas profesionales, sólo salen mujercillas incapaces de vestir con modestia y buen tono y de dirigir un hogar.

No hace muchos días paseaba un mi amigo por cierto barrio de la capital. Junto al umbral de una casita medio ruínosa estaban sentadas una vieja y una joven.... Por la puerta abierta podía contemplarse en el interior la imagen del desorden, de la miseria y del desaseo.... La vieja (era la madre), sucia y grasienta, en cuclillas sobre el suelo polvoroso, soplabá con todas sus fuerzas, sobre los tizones de un brasero.... A su lado, la joven (era la hija), vestida de rosado y de celeste, oliendo a *patchonli* y pintada hasta las orejas, bordaba en un bastidor.... Mi amigo se acercó allí.... ¡Era la alumna de una escuela profesional!

De semejantes alumnas, y de las maestras que las enseñan, muy poco podemos esperar.

Lo peor es, como ya lo hemos dicho, que el mal ejemplo, el falso concepto de la vida, nos viene de arriba, de una sociedad en que la única distinción es el dinero, y el máspreciado signo de nobleza el exhibirlo y derrocharlo.

Pero vamos progresando, a este último respecto.... Los grandes ya no ostentan todo su lujo en los salones: ha penetrado recientemente en sus casas el gusto de la comodidad y del aseo. Ya nadie se avergüenza de no salir a veranear, ni se encierran las familias decentes a piedra y lodo durante los meses de calor, temerosas de que las divisen.... en la calle.... Ya no se dice con aire de superioridad.... "En Febrero solo andan ya en Santiago las provincianas y las *siúticas*".... Hasta hay señoras que van al Parque en tranvía, salvo los Jueves y los Domingos.... Estamos a medio camino.... pero caminamos....

VI.

Pero el problema, además de este aspecto hondo, trascendental, que atañe a la misma psicología social, presenta otro no menos interesante, al cual podemos nosotros dedicarnos en este Magazin, con manifiesta utilidad práctica para sus lectores.

Dentro de las actuales condiciones económicas, en presencia de los precios alcanzados por los artículos de primera necesidad, no sólo el vivir honesta y decorosamente, pero si también vivir tan sólo comiendo, aparece ante muchos como una empresa insuperable.

La dificultad es real pero no invencible. En Europa las dueñas de casa están espantadas ante una alza de quince o veinte por ciento del precio de las subsistencias. En Chile todo ha subido entre cinco y quince veces, desde hace treinta años, y al doble de su valor desde hace diez.

De aquí una transformación sustancial de las condiciones de la vida. Chile fué en otro tiempo el país más barato del mundo: hoy puede figurar entre los más caros. Ciertos artículos como la leche, la mantequilla, las aves, los huevos y las verduras, alcanzan precios muy superiores a los que hoy constituyen un escándalo en las ciudades

más populosas y dispendiosas de Europa, como Londres y París.

Otro tanto puede decirse de las habitaciones. Presentamos adjunto el plano y la fachada de una casa de obrero en Londres, cuyo canon mensual de arriendo es sólo de treinta y cinco cheelines, o sea cuarenta y dos pesos de diez peniques: el precio en Santiago de las más indecentes pocilgas.

Cuando se comparan los sueldos y salarios de este país con los de Europa, sólo se suele tomar en cuenta el cambio, la diferencia de moneda, y no el costo de la subsistencia, extraordinariamente abultado aquí, por las incertidumbres monetarias, el efecto excitante del papel moneda, y los derechos aduaneros ultra-protectores, para un país sin industrias, ni preparado técnicamente para tenerlas.

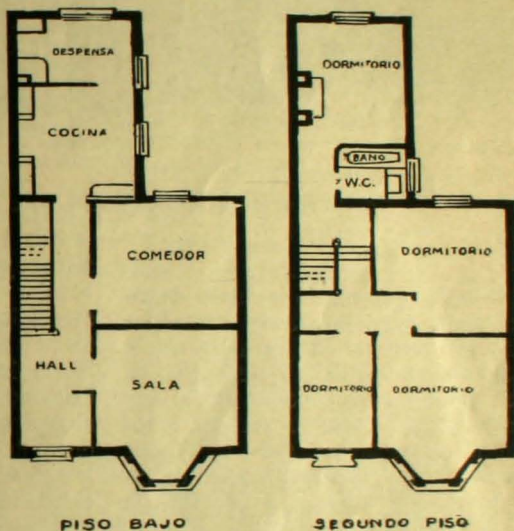
Con todo, el factor que en nuestro entender contribuye con más fuerza a dificultar en Chile la vida de los pequeños, es la escasa preparación de estos para emplear su dinero de un modo eficaz y conveniente. Los europeos se han habituado en largos siglos de vida cara y dura, a afrontar y vencer las dificultades de la subsistencia cotidiana. *Conocen punto por punto lo que cada peso puede dar de sí.*

Tenemos a la vista los resultados de un concurso abierto en Bruselas, sobre el presupuesto de un empleado, con mujer y dos hijos, que ha de vivir decorosamente, y estar preparado para todas las eventualidades del futuro, y que posee como única fuente de recursos, un sueldo de ciento cincuenta francos al mes.

Presentáronse a este concurso centenares de soluciones, y las mejores de

ellas, las premiadas, eran escritas precisamente *por dueñas de casa*, a quienes la necesidad había obligado a ajustarse, en la realidad de las cosas, y por largos años a semejante presupuesto.

No pueden ser leídas sin conmoverse, esas líneas tan reales, y tan vividas, como sensatas y equilibradas. Ningún detalle se pierde; el placer y el ahorro tienen su parte. . . . Esa gente va al teatro, está suscripta a un periódico, pasea los Domingos por el campo, per-



Plano de la casa anterior.

tenece a sociedades de pasatiempos, está asegurada, compra juguetes a los niños, regala a sus relaciones, come y viste decentemente, educa a la familia. . . . todo. . . . todo con ciento cincuenta pesos al mes.

No estamos preparados ni con mucho para realizar semejantes milagros! La transformación de las condiciones de la vida se ha efectuado en Chile bruscamente, sin que nuestras clases poco acomodadas, hayan tenido tiempo de aprender a afrontar circunstancias tan duras.



Chalet para obreros. Treinta y cinco pesos mensuales de arriendo.

VII

Nos falta ante todo la dueña de casa. Entre nuestras grandes damas las hay que merecen este hermoso título, pero las señoras de la clase media, ya sea por un falso concepto de lo que deben a su decoro, ya sea por ignorancia o incapacidad, están muy lejos de ocupar un puesto análogo al de las famosas "menagères" de la Europa Occidental.

Se dice y con razón que en Bélgica, Francia y Alemania la mujer y no el marido es el jefe de la familia. Este dominio doméstico del bello sexo suele ser atribuido, por los espíritus poco observadores, a los encantos y seducciones de la mujer, o al carácter apocado del hombre en esos países. Nada más inexacto. En el mundo domina el que dá de comer, el que sabe proporcionar holgura y comodidad a sus súbditos o subordinados, y las familias de Europa, deben en su gran mayoría el poco bienestar de que disfrutan al talento, laboriosidad y economía de la "ménagère", de la dueña de la casa.

Ella tiene los cordones de la bolsa, distribuye el presupuesto doméstico, sabe dar a cada franco su valor. No es allí la mujer una máquina de gastos, ni una muñeca perfumada y cubierta de afeites. Con semejantes artificios no se domina. Es no solo la que ahorra sino la que trabaja, y el producto de su labor de todas las horas, la labor del consumo práctico y sensato, es más importante para la vida de la familia que el escaso sueldo del hombre.

Una mujer así no necesita de servidumbre. En Europa son muy pocas las familias que la tienen, con menos de diez mil francos de renta.

Nada más chocante en el pequeño hogar chileno que esas fámulas sucias, mal olientes, ariscas y soeces, buenas más o menos para nada con las cuales deben contentarse las familias de pocos recursos. No se concibe la decencia y el orden con semejantes domésticas. Tenerlas buenas es caro, y tenerlas malas, es acaso más costoso todavía... Una sola vale por lo menos cuarenta pesos al mes, si se toma en cuenta lo que come, y acaso más si calculamos lo

que roba y malgasta, en la cocina, en el mercado y en el tocador.

Y por otra parte ¿qué lazo más tierno entre marido y mujer, que los esfuerzos gastados en común por el bienestar de todos? El hombre en su oficina ganando el pan, y la mujer en su casa dirigiendo los consumos, disponiendo el alimento cotidiano, aseándolo y ordenándolo todo... Así el hogar es un nido, así saben las mujeres retener al que aman en su regazo.

¿No vale mucho más esto que cubrirse de adefesios y pinturas, para salir por esas calles a excitar las risas de las gentes de gusto y buen tono?

VIII

El problema de las habitaciones, escapa de ordinario a los medios y recursos de las gentes modestas. Arrendatarias siempre, deben tomar lo que encuentran, y esto es, por lo regular, malo y costoso.

Los esfuerzos de algunas personas

de corazón, comienzan a dar sus frutos en lo referente a las habitaciones obreras. Nuestro trabajador empieza a gozar de comodidades, no iguales a las de sus colegas de Europa, pero por lo menos superiores a las de los negros de Guinea. Sin embargo todavía una buena parte del pueblo chileno está peor alojado que los antropófagos.

¿Dónde habitan los pobres aquí?—preguntaba yo en el Brasil. Y me señalaron chalets coquetos, limpios, artísticos casi, medio ocultos entre los jardines y las enredaderas. Allí no existe la ruin pocilga que es la vergüenza de Chile y de su civilización.

¿Y el obrero inglés? Respondan por mí las ilustraciones de este artículo, que representan las casas que se arriendan en Londres a los obreros, por quince, veinte o, a lo sumo, cuarenta pesos al mes....

También las habitaciones para la gente de medianos recursos y de cultura superior, comienzan a preocupar a los hombres de negocios y a los soció-



Chalets de valor de cuarenta pesos mensuales de arriendo en Inglaterra.

logos. "Pacífico Magazin" no omitirá esfuerzo alguno para contribuir a la solución de tan interesante problema. Sus editores han reunido un rico material de informaciones al respecto, y procurarán auxiliar el movimiento por todos los medios que estén a su alcance. Concursos, planos, investigaciones sobre el costo y materiales de construcción, barrios modelos, etc., etc.

Pero no debemos olvidar que el habitante de una casa es en buena parte dueño de la decencia y comodidad de su hogar. El orden, el aseo, el buen gusto pueden transformar un edificio ruinoso y vetusto. Muy poco dinero cuesta el combatir el polvo, la mugre, las emanaciones infectas, el olor de la humedad y de la desidia. . . . La escoba, el jabón y el aire puro, pueden ser el lujo de todo el mundo.

El mobiliario forma parte integrante de la casa y le imprime tono y carácter. A este respecto la moda bárbara y anticuada de los relumbrones, ha descendido desde los palacios de los ricos hasta el hogar de los modestos. Más frecuentemente se ven en estos últimos sedas viejas y sucias, encajes de mal gusto, cortinajes manchados y alfombras raídas, que el decoro de una sencillez limpia, pisos relucientes, muebles pocos y simples y un orden escrupuloso. A primera vista, y con solo atravesar el umbral, puede decidirse, si la casa en que se penetra, pertenece a un extranjero pobre, o a un compatriota de escasos medios. . . .

En uno de nuestros próximos números presentaremos modelos y presupuestos de mobiliarios adecuados a las necesidades de una vida modesta.

IX.

Hemos hablado ya del pésimo gusto reinante no sólo en Chile sino en toda la América latina, en lo que atañe al modo de vestir.

El traje inglés ha logrado dominar, aquí como en todo el mundo civilizado, la indumentaria masculina. Aquellos "charros" descriptos por Blest Gana, han desaparecido casi del todo. No nos encontramos ya en la calle con tipos análogos al de Amador Molina, que figura en Martín Rivas.

Es lástima grande no poder señalar un progreso análogo entre las encantadoras hijas de Eva. Es imposible andar dos cuadras por la capital de Chile sin toparse con media docena de mamarrachos.

Prescindamos de las grandes damas, vestidas al estilo de cocottes, que ostentan diamantes y sederías desde que Dios amanece, y llevan plumas en el sombrero y zapatos de baile, no para pasearse en coche sino para andar a pié por las aceras; el traje de nuestras señoras y señoritas de escasos recursos, es amén de poco práctico y económico, ridículo y grotesco las mas de las veces. Las modistas de primera clase, logran disimular en parte, la extravagante indumentaria de su clientela, mediante la riqueza y el buen gusto de las telas, el arte en la disposición de los colores y el corte irreprochable.

Las que no pueden ni comprar esas sedas ni pagar esas modistas, solo consiguen al tratar de imitar esas modas, ya incongruentes en su origen, caer en la más risible caricatura.

Así andan por ahí las señoritas de nuestra clase media y aun de la aristocracia, convertidas en angelitos de anda, de rosado, celeste y amarillo, colores que, además de ser cursis y chocarros, son poco prácticos, pues el tiempo y el polvo pronto los ensucia. Así hay que renovarlos a menudo, y como el dinero falta, las telas tienen que ser muy malas, y el resultado final altamente lastimoso. . . .

¿Y se consigue así llamar la atención? Por supuesto, pero en forma muy poco halagüeña. . . . "Mira la siútica", dirán, "se ha echado encima todo el jardín de su casa. . . . Al lado pasará

una extranjerita, modesta, con su traje sencillo, natural, honesto, de buen paño fabricado para durar mucho y conservarse siempre decente... Ella atrae el respeto que siempre acompaña a la pobreza dignamente llevada. Nadie soñará burlarse de su vestidito....

Alguien me refería no ha mucho, escandalizado de la ignorancia europea respecto a la América del Sur, que en Francia la gente nos suponía vestidos de plumas como los salvajes de Amazonas....

—Muy ignorantes son esos gabachos, pensaba yo, pero si se equivocan en cuanto al material de nuestros trajes, no andan muy descaminados por lo que hace al gusto, distinción y colores de nuestros atavíos.

X.

Hace no muchos años se comía en Chile casi de balde. No es raro que sea ignorada casi en absoluto la ciencia de cocinar bien, con materiales baratos. No hemos tenido tiempo para aprender a modelarnos a las exigencias nuevas.

Quiero poner solo un ejemplo.

Todos los higienistas están de acuerdo en que el caldo de carne apenas es un alimento. La poca sustancia que el hervido logra extraer de la carne, lo saca de la olla la espumadera.... En Chile, sin embargo, aun los más pobres creen no poder pasarse sin un caldo de vaca o de cordero.

En Europa la gente de escasos recursos sabe reemplazar "el caldo", el "*bouillon*" como allá dicen, con preparaciones, acaso no menos nutritivas, pero sí mucho más agradables y baratas.

Muy luego presentaremos no una si-

no muchas recetas para hacer sopas cuyo costo total, para una familia entera, no excede de diez centavos. Y así como con la sopa, sucede con el resto de la comida....

Y no se crea que vamos a incitar a nuestros lectores, a comer porquerías. Los Menus del Pacífico Magazin, serán baratos es cierto, pero nutritivos y harto más sabrosos que muchos platos caros a que nos hemos habituado, en razón de la pasada baratura de los artículos de consumo.

No hace muchos días, encontrábame alojado en el campo, en casa de un amigo. Iba a llegar la hora de almorzar: yo hablaba de mis menús económicos y me ofrecí a hacer una sopa por diez centavos para cuatro personas.

Fuimos a la cocina; pedí los materiales y empecé la preparación de un plato....

—¡Dios mío!—decía la señora de la casa.—¿Qué vá Ud. a hacer con eso?

Media hora después mi sopa se sirvió al lado de una espléndida carbonada. La prueba, lo confieso, era difícil y peligrosa para mi modesto caldillo.... Pero salió triunfante.... El fué declarado excelente y los que probaron una sola cucharada, no acabaron de comer hasta dejar el plato como una patena.

Así, pues, para la habitación, el mobiliario, la comida y el vestido existe una ciencia aquí ignorada, mediante la cual, viven en otros países en la holgura y en la dicha miles de personas, con recursos que en Chile parecerían escasos hasta para morir de hambre....

No creemos que exista nada más útil y práctico para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que el conocimiento de esa ciencia. A propagarla incansablemente, dedicará el "Pacífico Magazin" sus mejores esfuerzos.

ALBERTO EDWARDS

